

LA GUERRA EN ORBITA

F.O.B.S.

Ningún punto de la tierra es ya invulnerable y las barreras de defensa resultan ineficaces ante la nueva arma

Por EDUARDO HARO TEGLEN

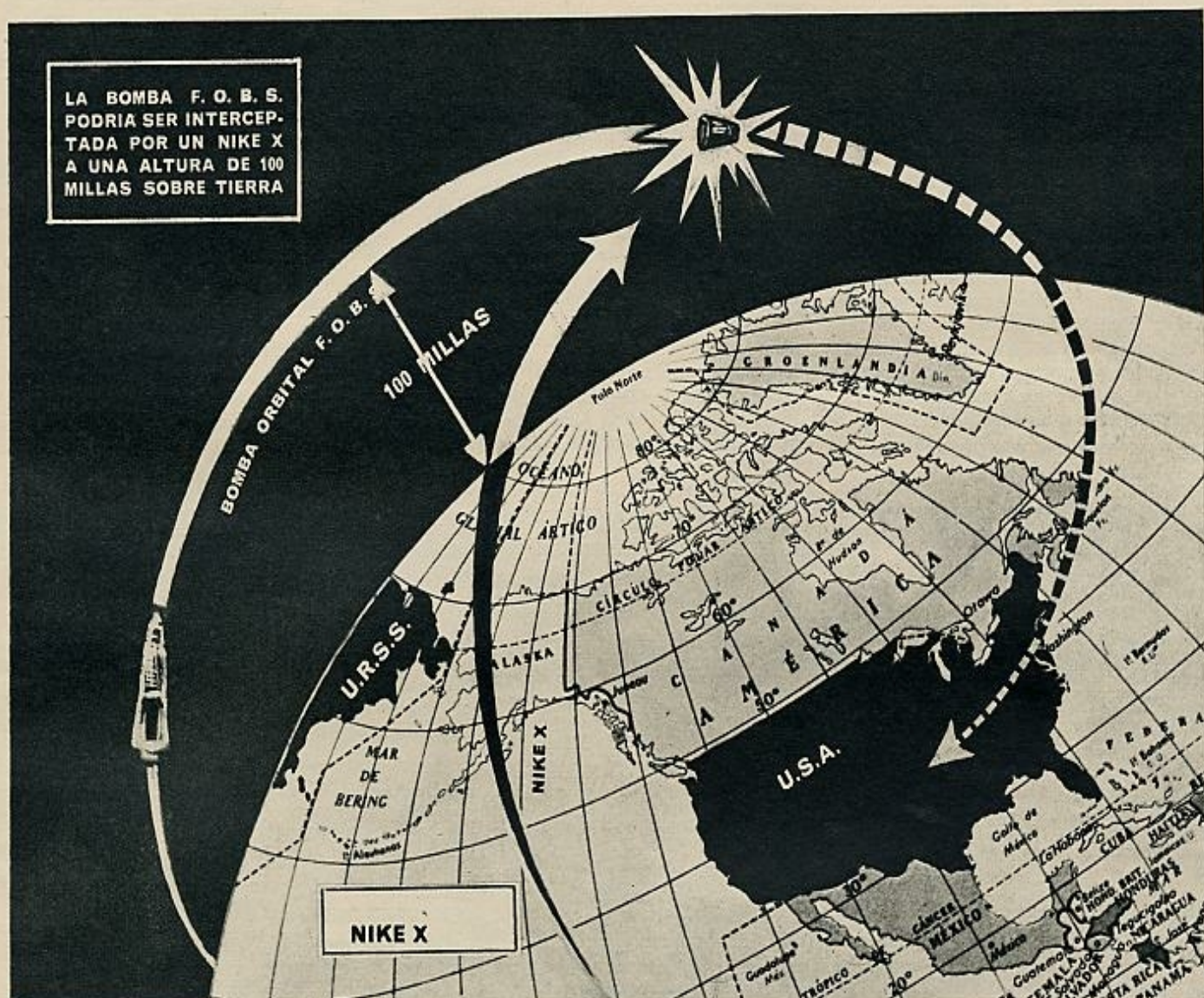
UNAS nuevas siglas aparecen en el cuadro abundante del armamento electrónico con el que se amenazan mutuamente las dos potencias dominantes: F. O. B. S., o «Fractional Orbital Bombardment System». En castellano, sistema de bombardeo de fraccionamiento orbital. La denominación es del secretario de Defensa de los Estados Unidos, McNamara: el arma es soviética. McNamara convocó una conferencia de prensa para comunicarlo, el viernes 3 de noviembre, unas horas antes de que Brejnev hablase —durante cuatro horas— ante la sesión conjunta extraordinaria del comité central y de los soviets supremos de la URSS. Una de las razones que pudo tener el secretario de Defensa al hacer este anuncio pudo ser la de adelantarse a una declaración de Brejnev y quitarle importancia. Brejnev, sin embargo, no aludió concretamente a ésta ni a nin-

guna otra clase de arma en su discurso: dijo, simplemente, que «en este momento, el ejército soviético es una fuerza potente, temible, invencible. Su armamento es el mejor del mundo. Todo agresor chocará con la potencia fulminante de nuestras fuerzas armadas. Nadie podrá protegerse a distancia».

La nueva arma —que, según McNamara, podrá ser utilizada desde 1968— consiste en un proyectil que recorre parte de su camino en el espacio exterior, en una órbita situada a unos 160 kilómetros sobre la tierra. No describe la órbita completa en torno a la tierra, sino una fracción de ella hasta llegar, por el camino que le plazca, al objetivo que trata de fulminar: entonces, se desploma. Desplomar es quizá un verbo inadecuado: en realidad, aterriza sobre el objetivo y estalla. La ventaja inicial de este aparato es considerable. En primer lugar, ningún punto del globo resulta invulnerable: cualquier base



LA BOMBA F. O. B. S. PODRIA SER INTERCEPTADA POR UN NIKE X A UNA ALTURA DE 100 MILLAS SOBRE TIERRA



La nueva arma soviética es un proyectil que recorre parte de su camino en el espacio exterior, en una órbita situada a unos 160 kilómetros sobre la Tierra. Describe una fracción de la órbita hasta llegar al objetivo que trata de fulminar. De esta forma, ningún punto del globo resulta invulnerable y su velocidad es mayor que la de los cohetes americanos actuales: los misiles balísticos intercontinentales —fotografía de la izquierda—, que no por ello dejan de ser útiles.

americana puede ser alcanzada. En segundo lugar, las barreras de defensa son ineficaces en su forma actual. Estas barreras están concebidas en forma de murallas frontales elevadas en la dirección de donde pueden venir los disparos atómicos, pero las bombas orbitales pueden venir de cualquier dirección y en cualquier sentido. En tercer lugar, su velocidad es mayor que la de los cohetes actuales, los ICBM («Intercontinental ballistic missiles»), que no por ello dejan de ser útiles: en el desfile de la Plaza Roja del 7 de noviembre —aniversario de la revolución de octubre— aparecieron algunos de éstos de nuevo modelo. Lo que en términos de moderna estrategia se llama «factor de credibilidad» está asegurado: los últimos éxitos espaciales de la URSS garantizan su capacidad para fabricar tales objetos de destrucción y colocarlos con exactitud en el

punto de la tierra que les parezca conveniente.

McNamara, sin embargo, niega que este sistema de fracciones orbitales pueda ser considerado como un arma absoluta. Su declaración, medida y moderada, trata de evitar cualquier clase de terror. La bomba orbital no está creada para atacar las grandes ciudades americanas, sino las bases militares dentro o fuera del país; su precisión de tiro debe ser inferior a la de los ICBM; sea cual sea su capacidad, nunca podrá destruir totalmente la potencia americana, de forma que la URSS sería inmediatamente atacada por los aviones de bombardeo y los «Polaris», a bordo de submarinos que están continuamente volando o navegando en el mundo. Es decir, que sea cual sea la velocidad y la capacidad de sorpresa de su ataque no se librará de la respuesta inmediata y feroz. Por otra parte, Estados Uni-

dos prepara ya los sistemas de defensa, los radares ultrahorizontales —hasta ahora, el radar no detecta más allá de la línea del horizonte; los nuevos no estarán limitados por la redondez de la tierra— y un conjunto de defensa que se llamará —otras siglas para anotar— S. S. O., o «Sentinel System Office»; esta oficina del sistema de centinela, dirigida por el general Starbird, logrará que la respuesta a cualquier posible ataque por el FOBS se realice en quince minutos: es decir, el mismo tiempo que está actualmente calculado para los ICBM en la actualidad.

Algunas anotaciones se pueden hacer sobre este repentino descubrimiento, que es un tanto confuso, un mucho impreciso. Desde un punto de vista militar no se dispone de más datos que los que suministran los Estados Unidos, que pueden, con **SIGUE**

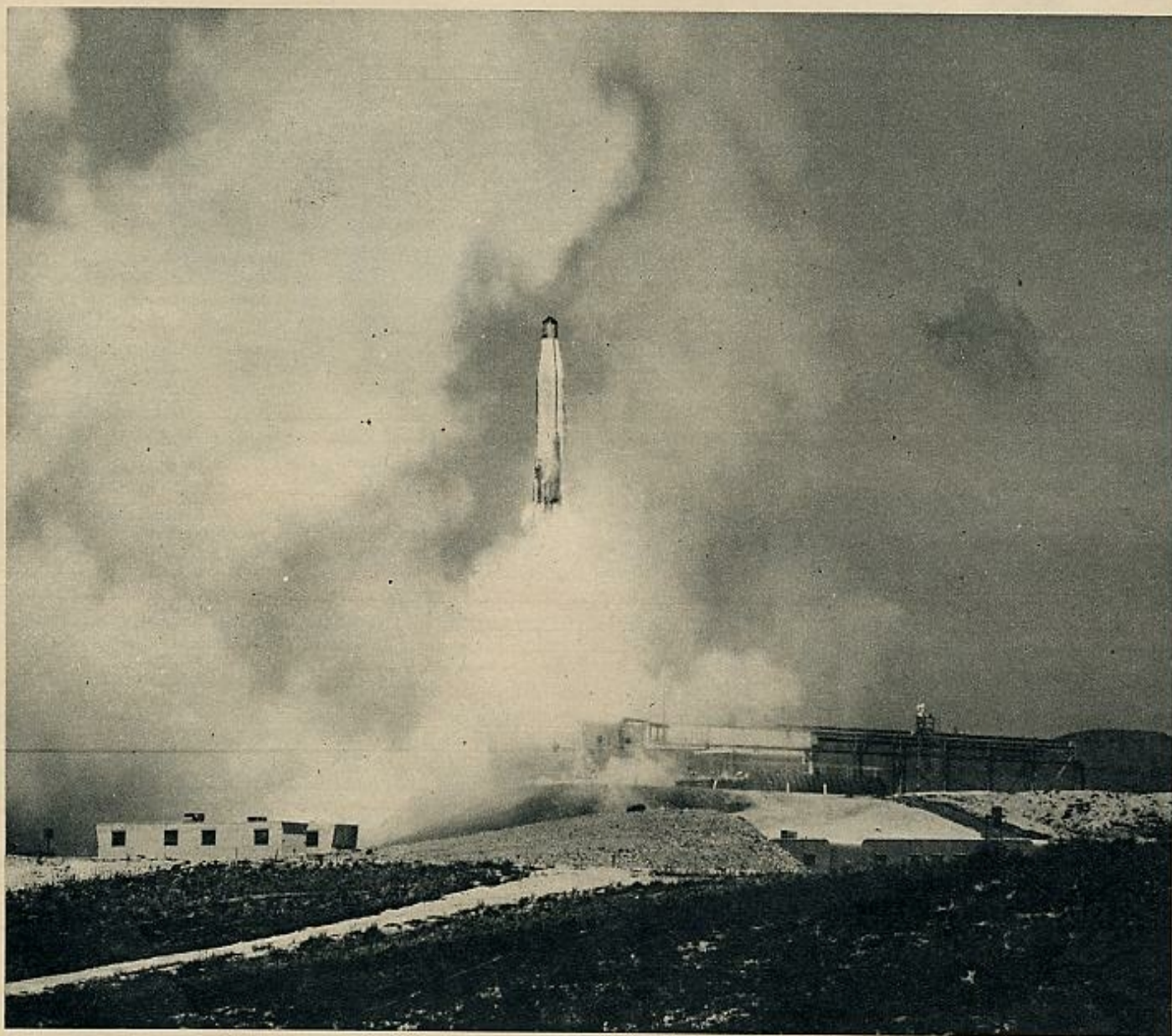
arreglo a su necesidad, ocultar detalles o exagerar otros. En segundo lugar, la bomba no ha sido aún experimentada, y no lo será hasta 1968; falta, por consiguiente, su conocimiento práctico. Sin embargo, basta con el anuncio hecho por McNamara y con la descripción del arma orbital para comprender que entramos en una nueva era de la guerra y que no ha sido posible evitar la utilización del espacio exterior, que pretendía mantenerse limpio de armas por varios tratados. Es decir, que estamos en el primer paso de la guerra espacial. Por otra parte, estamos también ante lo que parece ser una nueva política soviética en materia de armamentos: la recuperación de la iniciativa. Hace unos meses hicieron bascular la noción de equilibrio entre las dos superpotencias con el anuncio de una red de defensa antibalística de ABM —los cohetes ABM, o «antibalistic

missiles», deben disparar y acertar contra cohetes ofensivos que penetren en el territorio—; el FOBS es un segundo e importante paso.

La manera de considerar estos dos pasos depende del punto óptico desde el que se examinen. Puede entenderse, como lo hacen algunos expertos, que la URSS trata de equilibrar la potencia de armamento que hasta ahora es favorable a los Estados Unidos, o que los Estados Unidos dicen que les es favorable a ellos. Las cifras comúnmente aceptadas del arsenal de los dos países establecen que los Estados Unidos disponen de unos 1.500 misiles, mientras que la URSS sólo tiene 450 —después de un gran esfuerzo para aumentarlos en 150; el año pasado sólo tenían 300—. Los nuevos dispositivos militares —red de ABM y sistema orbital— servirían, desde este punto de vista,

para buscar la estabilidad de armamentos. El punto de vista opuesto es el que asegura que con los actuales arsenales se habría conseguido el equilibrio de «la guerra imposible», como consecuencia del terror mutuo, y que por lo tanto cualquier paso adelante desestabiliza la situación, provoca una respuesta de la otra parte —en este caso, de los Estados Unidos— y se produce de nuevo la carrera de armamentos. Con lo cual naufragaban todas las esperanzas —de quienes las tenían— de que fuese posible un acuerdo de desarme.

El error —a mi juicio— en estas dos apreciaciones está en considerar como posible una situación estable y en la afirmación de la «guerra imposible». Una guerra se está desarrollando desde hace años a escala mundial y, como consecuencia, la situación del mundo varía a cada momento. La URSS



Estamos en el primer paso de la guerra espacial y ante lo que parece ser una nueva política soviética en materia de armamentos: la recuperación de la iniciativa. Hasta ahora, los EE. UU. disponían de 1.500 misiles —uno de ellos en la foto— frente a 450 la Unión Soviética. El F.O.B.S. altera la situación.

y los Estados Unidos no son los únicos protagonistas. Parece como si cada una de estas naciones hubiese escogido un terreno de actuación que no se fuese a encontrar nunca. «Los marxistas-leninistas han sido siempre conscientes de que el socialismo no se exporta de un país a otro por la fuerza armada», dice Brejnev en su discurso del 3 de noviembre. Dejando aparte el contenido doctrinal de la frase, que ha sufrido numerosas variaciones a lo largo de la historia, ésta parece ser realmente la política soviética de hoy. Parece concentrarse en sí misma, fortalecerse dentro de sus fronteras, y cuando sale de ellas lo hace por la vía amistosa de tratados comerciales o culturales y diplomáticos. Sus nuevos sistemas militares parecen obedecer a esa línea. Los Estados Unidos, por su parte, eligen el camino de la dispersión, de la política global. Vigilan atentamente cada punto del planeta, intervienen en él con dólares, con armas, con policía o con intermediarios, según crean que la situación lo requiere: o con intervenciones directas, como la breve de Santo Domingo o la eterna del Vietnam. Esta ampliación de objetivos produce una desconcentración interior, una falta de tensión en la política nacional hacia fines puramente interiores, que están produciendo lo que para algunos supone una anarquía. La fuerza interior de la URSS es hoy inmensa. Como es inmensa la fuerza exterior de los Estados Unidos. En cambio, en el exterior la URSS pierde influencia y peso en los acontecimientos que suceden en escenarios lejanos, y los Estados Unidos la ganan. Aparentemente, se trata de cubrir objetivos distintos. Sin embargo se puede tener legítimamente el temor de que llegue a haber una convergencia. El exceso de esfuerzo, cada día ampliado, que hacen los Estados Unidos para mantener su imperio exterior puede llevarle a fracasos —le está llevando a fracasos— que puedan provocar el convencimiento, en algunas de sus fuerzas dominantes, que sólo la eliminación de la URSS puede evitar su frustración. Muchos críticos militares en los Estados Unidos sostienen que el gran fallo de la política de expansión americana es haberse desplazado hacia Asia, en lugar de continuar prestando, como en épocas precedentes, sobre el mundo soviético. Inversamente, la URSS puede considerar que la expansión creciente americana puede llegar a ahogarla, y que todos sus esfuerzos de concentración interior serán inútiles si no rompen un cerco que tiende a su aislamiento. Si los Estados Unidos consiguieran romper el frente defensivo del Vietnam, si llegasen de alguna forma a desmoronar el comunismo en China, probablemente Moscú creería que había llegado el momento de un enfrentamiento directo antes de que fuese demasiado tarde y fuese ella misma la próxima víctima. Solamente ocurre que Moscú no cree posible esa solución sino que, por el contrario, le parece que los



McNamara ha dado publicidad a la nueva arma soviética, aunque para evitar el terror ha negado que el F. O. B. S. sea considerada un arma absoluta.

Estados Unidos tienen más que perder que lo que puedan ganar en cualquier aventura asiática.

Un hecho sorprende en la declaración de McNamara: su falta de hostilidad para los nuevos movimientos militares de la URSS. No solamente no acusa a la URSS de violar los tratados de desarme espacial —el artículo IV del tratado vigente prohíbe «colocar en órbita, en torno a la tierra, cualquier ingenio que transporte armas nucleares o cualquier otra clase de armas de destrucción masiva»— sino que, al revés, insiste en que no se trata de una violación, puesto que la futura bomba no utilizará una órbita completa en torno a la tierra, sino sólo una fracción antes de descender sobre su objetivo. En Washington se asegura ahora que se trataba con el acuerdo exclusivamente de impedir que sobre la tierra gravitaran satélites armados con bombas, y que éste no es el caso. Si la posición es razonable, el hecho de la razón no ha sido siempre determinante. Recordemos la época en que se descubrió que la URSS tenía bombas atómicas y que los Estados Unidos no eran invulnerables: la reacción americana provocó un casi fascismo dirigido desde el Senado por el funesto senador McCarthy. La minimización del suceso por parte de McNamara tiene por objeto, además de evitar la ola de terror, evitar un enfrentamiento político directo con la URSS, como es la constante política americana desde hace algún tiempo —desde la crisis de Cuba—, y proseguir la guerra de expansión global evitando la convergencia. Tiene otros dos propósitos: el primero, de política personal, insistir en su

F.O.B.S.

oposición a quienes pretenden sobre todo crear una red defensiva en torno a los Estados Unidos, explicándoles por este hecho su vieja idea de que toda defensa directa es imposible y que no hay más remedio de seguridad que aguzar las armas de ataque. Y tiene el propósito de política militar de quedar libre, de dejar libre a su país, para otras formas de militarización del espacio. Trata desde hace tiempo de utilizar las órbitas espaciales para el ensayo de satélites antisatélites —como hay ya cohetes anti-cohetes— y ahora podrá hacerlo, sobre la base de la existencia posible de la bomba de fracción orbital de la URSS. Este ensayo americano será cuando se produzca —y debe ser inminente— el segundo paso hacia la militarización del espacio.

El académico francés Luis Armand —de quien se habló para Presidente de la República en la época de las tecnocracias y del crepúsculo de las ideologías—, comenta los más recientes hechos de la guerra electrónica haciendo ciertas comparaciones con la biología. Armand estima que la decisión americana de proteger exclusivamente sus centros vitales dejando libre y ágil su capacidad de maniobra es la fórmula acertada de la evolución de las especies. En la protohistoria, dice, había dos clases de peces: los acorazados, que no querían arriesgarse a nada y se protegían enteramente por un caparazón, y los peces que renunciaron a acorazarse el vientre y protegieron solamente la cabeza, como finalmente lo haría el hombre, en quien el cráneo protege el cerebro mientras el resto del cuerpo está libre para conservar toda su agilidad. Las especies acorazadas han perecido; las otras han sobrevivido. No está claro este hecho científico: los moluscos, los crustáceos, ciertos anfibios, como los cocodrilos, han sobrevivido. La tortuga, de vida conservadora y acaparazonada, es una especie prehistórica muy anterior al hombre, y su vida se calcula en por lo menos tres veces la vida media de la especie humana. Es uno de los animales más longevos del mundo. Estas ideas, excesivamente brillantes, fascinan e impresionan pero generalmente no corresponden a nada.

De todos estos hechos y estas elucubraciones sólo vale la pena retener unos hechos muy importantes: la carrera de armamentos se acelera, las ideas de desarme son cada vez más lejanas, el espacio exterior comienza a ser un medio para la difusión de las armas de destrucción masiva y, mientras, las fórmulas de entendimiento y de coexistencia no parecen ser más que una trepa, algo provisional. Nada de esto es tranquilizador para la especie humana.